

Un vaso de agua

Antonio Villarroel



Capítulo 1

Un vaso de agua:

Sentía yo una desazón corporal, un malestar que era todo un analepsis de malestar, no lograba recordar de donde provenía aquel sinuoso camino que me conectaba a él o de qué parte de mi sufrido cerebro y su recuerdo se producía, o detrás de qué recoveco se encontraba escondido aquel diablillo danzarín, esto debido a mi mala condición nerviosa que aturdiría al recuerdo.

Me sentía inquieto, cansado, no solo estaba aburrido sino que mi malestar no me permitía librarme de ello; me acosté en la cama y sentía como mi letargo chirriante me perturbaba, fui al baño; oriné, me senté en la taza y leí dos páginas de un libro en el cual había dejado antes la lectura, en la segunda mitad del capítulo, en la cual sin duda debía estar montado en el caballo de la trama para recrearme toda la escena entretenidamente, con más veracidad, y no como una tonta superfluidad de escaso ingenio, y cuyas interesantes premisas se desasían en el aire y mi sugestión apresurada sin llegar a mi entendimiento, pero a esas instancias no quería volver a leer desde el principio del capítulo.

La lectura me pareció aburrida no la disfruté, como esperaba, sentía que no podía disfrutar de nada. Esperando que me salvara la observación artística, realice un dibujo sin imaginación y sin inspiración, el cual rompí y tiré a la papelera del baño, luego mirándome en el sucio espejo sentí como me acariciaba una sensación de claustrofobia, sentía que me ahogaba, pero muy sutilmente, y la sensación de claustrofobia no atendía precisamente al poco espacio exterior, sino a una aprensión corporal, yo atrapado en el oleaje de mi propia persona. Debido al malestar no podía recordar el inicio de esa sensación, y por tanto encontrar el final. Pensaba que al igual que para una boa constrictora, la acción principal para librarse de su abrazo mortal, era encontrar la cola y a partir de allí desenlazarla, de tal manera esperaba hacerlo, pero con esto no podía.

Lo sutil volvía aquello algo más intenso, como la famosa tortura china que a base de sutiles gotas podía y puede, si aún se recrea hoy en día tal maldad, volver locos a los cráneos más duros bajo el gotero, traté de olvidarme del malestar, odiando al sutil, al diluido dolor goteante, si es

que se puede llamar así, mejor dicho la incomodidad, pero se sabe que cuando una incomodidad es persistente se puede convertir en dolor.

Ya olvidándome del tema, o mejor dicho, ignorándolo pues aunque traté este asunto como protagonista de mis sensaciones, al describirse estas, tienden a magnificarse, a agravarse, así como la sangre o la concepción que tenemos de ella que cuando esta aparece en una herida y quizás en abundancia, aunque esta no sea tan grave, pero el rojo muestra el alma viva en estado líquido quien la mira no puede contener sus alarmantes aullidos por eso se dice que la sangre es escandalosa, y yo sentía como gritaba dentro de mí.

El asunto es que si alguien más que no fuera el mismo Dios, que no podría adivinar mis sensaciones, que se van renovando incluso en menos de segundos a cada instante, podrían haberme tomado por alguien en estado de calma, quizá por mi gesto, un poco preocupado: entonces caminé hacia el refrigerador y sin pensarlo me serví un vaso de agua, (¿Quién piensa en algo al hacer esto, al menos en algo trascendental?) caemos en un estado de inconciencia al engullir el agua, al esta deslizarse por la garganta, lo terminé en ese lapsus de inconciencia y volví a mi estado chasqueante que aun trataba de recordar, pero me di cuenta que mi boca sentía un gran gusto, un alivio, y mi malestar a zarpazos desaparecía, que todos mis asuntos, inquietudes y desvaríos me habían hecho olvidar la primordial necesidad terrenal, que yo deshidratado había buscado en donde sería imposible encontrar las soluciones, sino en un vaso de agua.

FIN